



POSTBOX INTERNATIONAL

PLIC INTERNAȚIONAL

*ROMANIAN LITERARY TEXTS TRANSLATED INTO FOREIGN LANGUAGES
in Serbian, Spanish, Finnish, Italian, German, Bulgarian, English*

TEXTE LITERARE ROMÂNEȘTI TRADUSE ÎN LIMBI STRĂINE
în sîrbă, spaniolă, finlandeză, italiană, germană, bulgară, engleză

USNE

Miruna VLADA

(Traducere în limba sîrbă de Anja ARSIC, Jelena POPADIC și Irina DJURAN)

Nalazim se u berlinskoj pivnici sa crvenim
lampama
I lezaljka koja visi sa tavana
Smeju se i ispijaju pivo, uzivajuci
20 nas je za stolom
Zelimo da se zblizimo sto je vise moguće
kako to vec ide
I osecam u vazduhu obode tvojih usana
ispred mene tapet , krila ptice
koje je nevesto oslikao jedan pijanac
zudeci za talasima
To su tvoje usne ovde , osecam toplinu,
mogu da se uzdignem iznad stola i da lebdim
tvoje usne nastaju iz oblaka
i one me traze sada kroz meduze.

Bacam tri evra za sto
I odlazim bez pozdrava.
Sveze je i previse svetla na ulici
Tvoje usne skakucu sa svetiljke na svetiljku
Pronalazim napustenu terasu
Sa polomljenim stolicama i crvenim krevetima
Da bih te pokrila
Kao da je vec septembar
I ptice prave gnezda samo u snovima pijanaca
Nasla sam sliku onog impresioniste
Na kojoj volimo da smo i mi sami
Svece koje trepere
Veseli barmen sa kojim se razumes pogledom
Tvoje usne ostaju pripijene za prozor bara
Iz tvog uzdahâ nastaju apstraktne slike
Neverovatna lepota
Koja me opija
Vracam se u hotel noseci bol, tugu

LIZOANCA A LOS 11 AÑOS / LIZOANCA LA UNSPREZECE ANI

Doina RUȘTI

(tradus în spaniolă de Antonio Morillo CASTELLANOS)

(...)

Agrietada por el alero y muy polvorienta, la casa del viejo Petrache miraba hacia la calle. Dos pilares blancos estaban enterrados, como dos pómulos, en los laterales de la casa y, entre ellos, se alzaba una puerta gris, que daba más bien el aspecto de estar apoyada sobre la casa en lugar de cerrada. Lizoanca entró en el patio y subió la escalera, que acogía unas cuantas macetas ancestrales y huérfanas de flores. La puerta se abrió con dificultad, y la niña se coló en el interior. Estaba en un pequeño recibidor que tenía, justo delante, otra puerta. Lizoanca apoyó la mano sobre el picaporte redondo y entró en otra estancia que tampoco era demasiado amplia, en la que se veían otras dos puertas. Sin pensarlo demasiado, abrió la que le pareció más desgastada y se quedó en el umbral. El viejo Petrache estaba al borde de la cama y miraba directamente hacia la puerta, como si hubiera sentido que se acercaba. A su espalda, la luz penetraba a través de una ventana cubierta por unas rejas de hierro. El hombre parecía tan asustado que la niña pensó que no la había reconocido.

—He venido para que me folles —y, como él no respondió, continuó, alzando la voz—: has acordado con Goarna que me darás 20 mil y me dejarás ver la tele.

La voz grave de Lizoanca percutió en el medio de su cerebro. Quería moverse, pero no podía. Lizoanca ya se había acercado a él y lo analizaba de forma prudente.

—¿De dónde has sacado este anillo?

Petrache miraba en la dirección señalada por la niña y contempló la palma de su mano, apoyada sobre la cama. El dedo pequeño parecía un caballero con armadura plateada.

—Lo tengo hace mucho.

El hombre se decidió, por fin, a levantarse. La niña era todavía pequeña y, evidentemente, no tenía edad para aquello, y él tenía unos

principios muy estrictos en ese sentido. Tenía que echarla de su casa lo antes posible. ¿Cómo coño había sido tan imbécil como para enredarse con Goana, a la que ni siquiera conocía bien, y llegar a meterse en tal lío?

Lizoanca se había sentado ella también en la cama, apoyándose en el cabezal, y lo miraba con la boca entreabierta, como si fuera un animal circense.

Era una niña y, sin embargo, había algo maduro en ella, en aquella imagen que mostraba los labios plegados y el pelo liso echado hacia atrás. Se parecía a las mujeres de las películas mudas. Petrache se dio cuenta de que estaba calzada cuando se subió a la cama, pero no se atrevió a pedirle que se quitara las deportivas. Le daría el dinero prometido y la haría salir educadamente por la puerta de atrás. Se levantó sin decirle nada y se fue a la otra habitación, donde tenía dos barquillos envueltos en una bolsa transparente. Cuando regresó, la habitación parecía estar envuelta en una luz íntima; el sol se había puesto y por las rejas que cubrían la ventana entraba tan solo su recuerdo, blanco y gris. Petrache se quedó helado mientras miraba hacia la cama, en la que Lizoanca yacía crucificada, como una mancha de nieve impresa sobre el cobre oscuro.

—Vístete enseguida —dijo él, con una voz tan baja que ni tuvo certeza de que le hubiera oído.

Ella dobló una pierna y comenzó a balancearla, y la mirada de Petrache se detuvo en aquel lugar que jamás hubiera querido mirar. Era la tentación que le llamaba desde hacía años, mostrándose apetecible como un filete tierno y suave al tacto. Le habría gustado desvanecerse de la escena, que alguien le hiciera desaparecer con un borrador; pero lo que más le hubiese gustado habría sido desplomarse para siempre, cobijado por el labio caliente de un amparo viscoso, protector y vivo a la vez. Se sentía cansado y vencido, libre para elegir y libre para gozar del dulce néctar de la vida. A fin de cuentas, qué había hecho él en el mundo y cuántas alegrías le había dado la vida, que había pasado zumbando junto a él, empujándole constantemente entre los bloques de hormigón, en los andamios frágiles, haciendo que cargara sacos sobre el hombro o llevándole a comer tomates cortados sobre una hoja de periódico.

Sintió cómo se colaban los barquillos entre

sus dedos y, desde el rincón más secreto de su cuerpo sintió surgir el diluvio. Se sentía como un participante en una carrera. No importaba el premio, tenía que correr junto al resto de atletas, que estaban metidos en los pliegues de sus carnes.

Lizoanca esperaba con curiosidad los movimientos de Petrache, al que claramente había visto confundido, más arrugado que cualquiera de los hombres con los que había estado hasta entonces. Era un hombre delgaducho, con una barriga que mostraba algo de pelo aquí y allá. Diría que habría aguantado hasta 50, pero no llegó a contar más de 32. Le gustaba contar mentalmente el tiempo que tardaba en llegar la caída terrible que quitaba a los hombres hasta la última pizca de dignidad. A Lizoanca le gustaba escucharles resoplar, como si se ahogaran o se viesan acosados, y los rodeaba con las piernas para poder levantarse mejor y ver sus caras, desprovistas de cualquier expresión de orgullo. Los contemplaba con atención, de aquel modo particular, asombrado y serio, como si estuviera asistiendo a una clase.

Petrache se levantó aturdido y agotado, sobre todo moralmente, y la siguió con su mirada mientras se limpiaba entre las piernas con su nueva toalla.

Lo único que quería era quitársela de encima lo antes posible y quedarse a solas en su cama, bien tapado, bajo la manta. Vislumbró junto a sus piernas los barquillos, envueltos en la bolsa de plástico, y se dobló para recogerlos.

Después se acordó del dinero. Sacó del bolsillo de sus pantalones dos billetes, cada uno de 10 mil lei viejos, y los apiló con mucho tacto junto a los barquillos.

—¡Ahora déjame ver la tele! —Lizoanca se puso rápidamente el chándal y se sentó con las piernas cruzadas en medio de la cama.

Petrache le tendió el pequeño paquete, en el que se vislumbraban el dinero y los dos barquillos, y le preguntó, con una voz que parecía calma pero que, en realidad, no era sino una voz culpable:

—¿Cuántos años tienes?

Lizoanca tomó el paquete y sacó enseguida los barquillos. Se quedó tan impresionada con el gesto de Petrache que casi lo miraba con amor.

—¿Son para mí? —No había comido nada en todo el día y, de repente, le había entrado un hambre voraz. Una mecha de pelo caía sobre su sien,

para estropear la gorra que se había creado en la ribera del río Neajlov, y sus labios carnosos se llenaron de migas después del primer bocado.

Eran barquillos con crema blanca, de vainilla. —¡Venga! ¿No vas a poner la tele? —dijo mirando a Petrache, que permanecía petrificado junto al lecho. Inmediatamente se dio cuenta de que quería librarse de ella, así que puso voz tan apagada, murmurante y seductora como pudo y dijo rápidamente:

—Ande, señor Petrache, que yo también quiero ver la tele, tengo tantas ganas... No la he visto desde hace un siglo, y quizá tenga suerte y pueda ver una película.

—¿Cuántos años tienes? —le preguntó él nuevamente, mientras tomaba el mando del televisor.

—Once —respondió la niña con indiferencia mientras miraba directamente al televisor que tenía frente a ella, en una mesa con dos hileras de cajones. La pantalla se iluminó y apareció una mujer muy vulgar, que hablaba como si te fuese a escupir a la cara. Lizoanca la conocía bien, puesto que la había visto muchas veces y, además, se parecía a Sanitaria.

—Ahora están dando las noticias, pero también hay películas, sobre todo aquí, si pulsas el botón 7.

Él apoyó el mando en la cama mientras le explicaba, casi con resignación:

—Mira, con estas flechas puedes cambiar de canal y con estas puedes subir o bajar el volumen. Pero quiero que me prometas que no verás la tele más de una o dos horas, y después te vas; sales por la puerta que da al callejón. Y ándate con cuidado de no encontrarte a nadie.

La niña no decía nada, observaba fijamente el televisor, mientras los dedos pulsaban de forma rítmica sobre la flecha dirigida hacia la pantalla.

—Me voy a acostar en la otra habitación —dijo él. Pero Lizoanca ni siquiera le escuchaba ya. Permanecía en el centro de la cama, en una habitación que era solamente suya. Hubiera querido registrar los cajones y los rincones más escondidos de la habitación, pero no podía despegarse del sitio en el que había anidado. En la mayoría de los canales había gente que parloteaba, hablaba de cosas que daban sueño, o gente que iba de un lado a otro, por las calles, por los estadios. Hasta que llegó a un canal en que había una actuación: en el centro del

escenario había una niña cantando. Llevaba una minifalda y vestía zapatos plateados, de tacón. Parecía tener la misma edad que Lizoanca, aunque se meneaba con una desenvoltura más propia de un adulto. A su lado, un hombre bien ataviado y serio tocaba el violín. Tocaba una canción vivaz, con una letra fácil de memorizar: Zamzume, zamzumó/¡Haré lo que quiera yo! Al terminar la canción, una mujer envuelta en un vestido que parecía de papel de aluminio se acercó a ambos y dijo, casi sin respirar: –¡Muy bien, Trestiana! ¡Hemos tenido el placer de tener de nuevo con nosotros al célebre compositor e intérprete Adrian Suciú, acompañado por su hija Trestiana que, con tan solo 10 años, ha conquistado los corazones de los rumanos!

Lizoanca estaba tan contenta que habría deseado que el programa no terminase nunca. La canción, los movimientos y, sobre todo, la vestimenta de la cantante la dejaron atónita. Aunque la cantante, como persona, tenía un aspecto que te ponía en guardia desde el primer momento, y una mirada embaucadora, parecida a la de una gata.

En la habitación de al lado, Petrache se había tapado con dos mantas y había echado la vista atrás 67 años, hasta la época en que él también contaba 11 años.

regalo

Sorin DESPOT

(tradus în spaniolă de Elena BORRAS)

a veces una mujer necesita que la toques como a los 13 años abres un regalo con un hermoso envoltorio / primero acaricias el lazo sopesas la caja en las palmas la agitas arrimas el oído hueles no está bien apresurarse quieres disfrutar de todo tirar suavemente de un extremo del lazo y al momento de los bucles también cerrarías los ojos apretarías los dientes parece que el corazón te inyecta chocolate en vena.

cuando abres un regalo a los 13 años te bullen los dedos congelados de miedo tiembblas un poco quieres llorar tienes remordimientos porque a los 13 años es importante saber / sentir que vales

TAGEBUCH EINES MIETERS (Februar-Juni 1990)

Răzvan PETRESCU

(traducere în germană de Domenico JACONO)

Ich wohne in der Strada Mirajului, Nummer neun. Ein alter Wohnblock, aschgrau, gut instand gehalten. Die Ratten kommen selten hier rein. Kakerlaken aber gibt es, sie sind rot und kriechen aus den Leitungsrohren. Ich lebe im zehnten Stock, in einer Wohnung mit zwei Zimmern, Küche, Bad mit WC und Abstellraum. Die Fenster sind groß und ich habe eine schöne Aussicht. Ich sehe die Schienen der Straßenbahn, die wartenden Menschen, die Brücke, den Park mit den verkümmerten Bäumen, den Teich und die Gebäude am gegenüberliegenden Ufer, die bei Tagesanbruch immer im Morgenrot schwimmen. Die meisten meiner Mitbewohner freuen sich über diesen Ausblick. Es sind ruhige, nachdenkliche Menschen, die besseren Beschäftigungen nachgehen. Wir leben miteinander in gutem Einvernehmen. Seit einiger Zeit aber wird der Block von einer seltsamen Epidemie heimgesucht. Alles begann an einem trüben Februarmorgen. Ich kam gerade gemächlich die Stiegen herunter und dachte an die Arbeit, die ich würde abliefern müssen, als ich von einem harmonischen Klang überrascht wurde, der in wenigen Augenblicken das ganze Stiegenhaus erfüllt hatte. Was da spiralg heraufstieg, glich einem monotonen, irgendwie schwermütigen Gesang. Ich nahm zwei Stufen auf einmal und lief, mich mit der Hand am Geländer stützend, hinunter. Die Melodie wurde immer mächtiger. Im Erdgeschoß alles voller Leute, brennende Kerzen, ein großer und hagerer Priester, ein prächtiger Sarg, funkelnagelneu, mit Messinggriffen. Tür Nr. 1. Panait, der Schriftsteller,

war gestorben. Ich dachte, dass es keinen Sinn hätte, deshalb in Gram zu verfallen. Der Mann war in vorgerücktem Alter gewesen und hatte betreffs Nachruhm vorgesorgt. Trotzdem beeindruckte mich das Ereignis. Er war der erste Tote auf unserer Stiege.

Nach einigen, genauer vier Tagen hörte ich diesen Gesang erneut. Ich zog mir die Hausschuhe an und ging hinaus ins Stiegenhaus. Getrieben von einer Neugier, der ich mich nicht entziehen konnte, lief ich lautlos einige Stöcke hinab. Ja, jetzt gab es keinen Zweifel mehr. Apostol, der Buchhändler, war umgekommen. Ein Hochkulturmensch. Was für ein Gezeter! Ich kehrte in die Wohnung zurück und machte den Fernseher an. Dann das Radio. Ich aß eine Omelette.

Als auch Lola Baltag, die Violonistin, starb, wurde mir übel. Eine Magenverstimmung, wahrscheinlich. Ich erinnerte mich, wie wundervoll sie das Violinkonzert Nr. 7 von Mozart gespielt hatte. Es konnte sich nur um eine Virose oder etwas Ähnliches handeln. Aufmerksam hörte ich die Nachrichten, dem Telefon, den Stimmen der Freunde zu. Nichts Unübliches geschah. Alles schien in Ordnung zu sein, das Leben lief ab wie gewöhnlich. Für alle Fälle kaufte ich mir trotzdem vier Päckchen Talazol und eine Platte mit Lola.

Fünf Tage später wurde der Architekt Baciuc mit Fanfarenklängen zum kleinen aber feinen Friedhof des Viertels transportiert. Die Blechbläser blitzten, die Menschen folgten mit ruhigen Bewegungen dem Pritschenwagen. Der dritte Stock war gesäubert.

Obwohl ich nicht die nötigen Fähigkeiten besaß, ergriff ich anlässlich der nächsten Mieterversammlung das Wort. Kurz führte ich aus, was mich beunruhigte. Niemand hörte mir zu. Mit Ausnahme eines mich schief ansehenden Alten mit einer Kappe, auf deren Schirm Pyrates stand. Sofort nach meiner Wortmeldung ging man zum Ernst der Tagesordnung über: es wurde abgestimmt, wie in alten Zeiten. Mit heute sollte der Bereich vor dem Block zu einem kleinen Kinderspielplatz umgewidmet werden. Damit die armen Kinder einen Ort hätten, wo sie spielen könnten. Ich enthielt mich des Kommentars und fragte mich in Gedanken, ob ich mich etwa getäuscht hätte. Vielleicht sah nur ich schwarz. Gäbe Gotte, dass es so wäre!

„Către mare“

Claudiu KOMARTIN

(tradus de la Kerstin AHLERS în germană)

Meerwärts

Als ich jene sterbende Katze sah
mit ihren kraftlosen Beinen
mit dem Mund, entstellt von einem
beängstigenden Grinsen
da fragte ich mich wie sie
am Ende aussehen werden
unsere Münder
meine Liebe
unsere sinnlichen und gierigen Münder,
wenn sie in der tiefen Nacht
resignierend zucken und sich verzerren werden
ich wollte den nächsten Zug nach Hause
nehmen,
aber ich war schon zu Hause
und die Zukunft schien wie eine hoffnungslose
Blume,
die auf dem Fluss dahintreibt,
meerwärts.

Come un uccello sul filo / o pasăre pe sîrmă

Ioana NICOLAIE

(trad. în italiană de către Anita Natascia BERNACCHIA)

In quella prima domenica di ottobre Sabina imparò a muoversi alla stazione. Aveva viaggiato in treno una notte intera, e il suo viso riflesso nel finestrino, un po' allungato, con le palpebre azzurrine di ombretto, con i capelli biondo-rossicci che le grattavano la giacca jeans, fluttuava come un adesivo sui centri abitati scintillanti. I primi palazzi si delinearono contro il cielo come cartoni. Così le erano sembrati anche tre settimane prima, quando aveva dato l'esame di ammissione. L'alba scivolava via sulla sporcizia visibile lungo i binari. Bottiglie rotte, vecchie buste di plastica, carta macerata dall'umidità. Oltre i ponti della periferia e le case minuscole, Bucarest si svegliava nello sferragliare delle

rotaie. In fondo alla banchina, bambini di strada inalavano rumorosamente bustine di aurolac. La ragazza se li immaginò con le pupille dilatate e un odore pesante, di vinavil.

- Si incollavano la plastica al viso e sorridevano con espressioni da anziani, avrebbe detto più tardi Sabina. A sette, otto anni la loro fronte era solcata dalle rughe. Ma io ero felice, avevo in mente un'altra Bucarest. Ero sola, non conoscevo nessuno, non avevo nessun numero di telefono da chiamare. Il giorno dopo cominciavano le lezioni e dovevo trovare una soluzione. Per quelli del primo anno alla casa dello studente non c'erano posti.

Le banchine dei binari convergevano verso una specie di enorme capannone, sostenuto da una struttura in metallo. Da un lato del capannone si trovavano le biglietterie e le sale d'attesa. Dall'altro lato due edicole e chioschetti in lamiera, dove potevi comprare panini e sfogliatine al formaggio, acqua minerale e coca-cola in bottiglie da un quarto. Da sotto la visiera del suo cappellino blu con la spilla, Sabina vedeva il mondo come il disegno di un bambino, con linee storte e spazi ancora da colorare.

Doveva prendere il coraggio a due mani, delineare le forme in modo chiaro, sgomitare e farsi strada verso quegli sportelli estranei, trovare il posto per i bagagli. E poi procurarsi gli annunci immobiliari.

Mentre si dirigeva con la pila di giornali verso la sala d'attesa, un marcantonio dalla pelle scura le chiese se non le sarebbe piaciuto fare un viaggio in Turchia. "Abbiamo ancora posti. Che mi dice, signorina?" Giovani ragazze superacchittate, con borsette luccicanti, si staccavano dalla folla come se si fossero date appuntamento. Non si parlavano, al massimo si squadravano da sotto le sopracciglia. I gruppi si formavano in modo abbastanza rapido, alle ragazze si affiancavano donne con borse enormi, di rafia, che portavano merci da Istanbul, ma anche giovanotti dalla pelle olivastra, maestri al gioco delle tre carte, o, più semplicemente, ragazzini che tentavano la fortuna.

Ma Sabina aveva altro da fare. Si sedette tra i viaggiatori indolenziti e iniziò a leggere. Gli annunci si moltiplicavano numerosi, uno sopra l'altro: vendite, acquisti, appartamenti, terreni, scambi, affitti, tutti con un testo lungo una spanna, e passavano dalla pagina alla sua mano, alle dita dalle unghie laccate o a un foglietto di carta dove, molto di rado, la

ragazza scribacchiava numeri di telefono. Titan, Colentina, Panduri, Berceni, Grozăvești... Buchi neri, con lo stesso finale enigmatico: per maggiori dettagli telefonare a...

[...]

Adesso doveva trovare un posto dove stare, doveva trovarlo a tutti i costi. Avrebbe telefonato fino all'ora di pranzo, fino a sera. Si lasciava alle spalle solo un muro e una porta già chiusa a chiave. Per nessuna ragione al mondo sarebbe tornata a casa dei suoi, nella sua stanza, da dove il futuro le appariva come una porta murata. Un brivido le attraversò il corpo. E se avesse dovuto passare la notte alla stazione? Il giorno dopo, lunedì, sarebbero usciti altri giornali, con altri annunci, altre mani che li avrebbero sfogliati, altri occhi sulla strada per andare al lavoro. E se non fosse riuscita ad arrivare proprio domani nell'atrio di marmo, con i due busti di scrittori ai lati?

Non vedeva l'ora di rivedere i suoi compagni, le ragazze con le loro camicie, i ragazzi e le loro magliette slargate. E Adi, quel tipo più grande di qualche anno, che era venuto all'esame quasi per gioco... Era allenatore, sì, proprio così, andava sempre alle partite, dormiva negli alberghi, partecipava alle riunioni, faceva la sauna, andava in palestra... Il francese l'aveva imparato grazie a una fidanzatina di Parigi. Dopo le prove scritte sembrava soddisfatto, non era stato poi così difficile, un po' di condizionali qua e là, poi qualcosa su Camus... Nulla di complicato, l'esistenzialismo, condito con due o tre massime di quelle... celebri.

La tipa che le stava accanto, una specie di Janis Joplin con i capelli sfilati verso le punte, e delle grandi foglie impresse sulla camicia, era stata la prima a gustare il caffè istantaneo.

- Andiamo a farci un caffè, offro io, le aveva invitate l'allenatore dopo l'ultimo esame. Conosceva un posto nei paraggi, a un tiro di schioppo, dietro la facoltà di Architettura, attraversato il parcheggio, immerso nella luce bianca di fine estate. E poi a sinistra delle fontane, lungo i muri con la croce dipinta e le tracce dei proiettili della Rivoluzione. La pasticceria aveva una terrazza all'aria aperta, con tavoli e sedie di plastica. Alcuni tipi vuotavano boccali di birra uno dopo l'altro. Sabina prese un dolcetto sciroppato alle mandorle, con un retrogusto di vaniglia. E quel caffè, il caffè istantaneo di cui si

vantava tanto?

- Ve lo faccio subito, disse l'allenatore. In borsa ho tutto il necessario.

Tirò fuori i bicchieri di plastica, la lattina di caffè Amigo, un cucchiaino inox e una coca-cola da due litri.

- Bevetelo presto, prima che scompaia! disse Adi ridendo, dopo aver versato la coca-cola sulla polvere magica. Il miscuglio si dissolse come un piccolo ciclone sfrigolante verso il palato. Parlarono poi della concorrenza all'esame di ammissione (quattro per un posto voleva dire qualcosa, tutto sommato), della Romania, dalla quale non riuscivi ad andartene così su due piedi, dei Doors, dei Pink Floyd... I risultati li avrebbero affissi fra cinque giorni. Chissà dove si sarebbe piazzata Seni Sabina, all'inizio o alla fine dell'elenco?

Cinque giorni dopo, un mercoledì, andò alla posta a telefonare. Una voce femminile, la sorella di Adi, le disse che sì, era stata ammessa... All'inizio non capì, poi non riuscì a crederci. Camminava sul marciapiede con un sorriso svagato, salutava qualcuno, rispondeva ad altri. Oramai basta, ce l'aveva fatta! Non avrebbe più lavato piatti in un bar, e non sarebbe finita nell'unica fabbrica per donne della città. Sentiva che l'autunno risplendeva dentro di lei. I suoi erano lontani, su una viuzza che collegava la stazione alla statale. Non li avrebbe più disturbati, non sarebbe più stata un peso per loro.

- Non mi sono mai sentita più felice! Avrebbe detto a Roxana e poi ad Eman. Sono andata alla stazione e sono salita sul treno, senza biglietto. Guardavo le colline, le montagne che nella mia testa diventavano più alte, la gente che tornava dal lavoro. Sono scesa ad un paesino non molto distante da casa. E poi, siccome non c'era più la coincidenza per il ritorno, ho fatto l'autostop. Era come se fossi già andata via da casa...

UN AN ÎN PARADIS

Liliana COROBICA

(trad. În finlandeză de Heini EKMAN)

Pavel menee lähemmäksi, istuu hänen viereensä ja sytyttää tupakan. Tyttö on nuori, korkeintaan

17-vuotias. Nätti, jopa punaisine nenineen ja silmät kyynelissä. Pavel katselee häntä hiljaa (hän ei ole vielä keksinyt mitään). Tyttö ei ole huomannut häntä. Hän jatkaa itkemistä. Mitä sanoa hänelle... Yritetään.

- Sadat nuoret itkevät ja katuivat sitä, että ovat opiskelleet yliopistossa, että ovat kuluttaneet koulunpenkkiä viiden vuoden ajan, mutta sen jälkeen heitä ei oteta töihin, heillä ei ole töitä, heillä ei ole palkkaa. Nykyään opiskellaan turhaan.

Tyttö nostaa yllättyneenä ja nolona katseensa kohti häntä. Mukava, suunnilleen nelikymppinen veikkonen. Lempeä ja kiltti ääni.

- Ja sinä itket koska et päässyt opiskelemaan...

Pavel odottaa. Katsotaan, avaaako hän suunsa. Sonia pyyhkii kyyneleensä (kädellä) ja on vaiti. Mitä mies haluaa hänestä? Hän ei tiedä, mitä vastata.

- Tienaat rahaa vuoden, sen jälkeen menet opiskelemaan minne haluat, parhaimpaan yliopistoon. Niin teki siskonikin, joka on sinun ikäisesi, ja joka ei ole katunut sitä.

- Teki mitä? herää Sonia, silminnähdän kiinnostuneena.

- Niin kuin tekevät kaikki. Teet vuoden töitä jossain, kaupassa, tehtaassa tai ravintolassa, pidät huolta jostakusta vanhuksesta, lapsesta, ei ole väliä mitä löydät, pääasia että rahaa tulee...

- Ei kuulosta pahalta, tyttö mumisee.

Pavelin mielestä kannattaisi mennä juttelemaan jonnekin muualle, ei jäädä tähän, ihmisten eteen.

Sonia ei ajattele, että hänen edessään on tuntematon mies. Ei. Itse Jumala oli lähettänyt miehen hänen tielleen, jotta tämä auttaisi häntä. Ja jos hän ei ole päässyt yliopistoon, ehkä se on hänen parhaakseen. Apuraha on pieni, se ei olisi riittänyt. Hän oli hakenut valtion työntekijöiden lapsille tarkoitettua apurahaa, se myönnettiin aina vain harvemmillä ja harvemmillä, siksi hän ei ollut onnistunut. Jos hänellä olisi ollut rahaa, hän olisi tehnyt "sopimuksen" jonkun firman kanssa jo ennen pääsykokeita, ja opiskelujen jälkeen tehnyt firmalle muutaman vuoden töitä, niin kuin kaikki. Mutta jos hän tekee töitä vuoden tai pari, hän rikastuu, voi auttaa vanhempia, pikkuveljeä, ja pääsee sisään mihin tahansa yliopistoon.

- Minne mennään? Minun pitäisi lähteä...

- Asuntolaan.

- Saatan sinua vähän matkaa, jos haluat. Ei kukaan kuole siihen, ettei pääse yliopistoon. Olet nuori, kaunis, sinun täytyy taistella. Minä autan sinua löytämään jotain töitä.

- Suututko, jos tarjoan sinulle jäätelön? Ja

Pavel pörröttää hänen päätänsä rakastavasti, isällisesti. He löytävät matkan varrelta huomiota herättämättömän baarin, menevät sisään, juttelevat. Minun nimeni on Pavel (Vasilievici), ja minun Sonia, Sofia (Nicolaievna). Pavel kyselee häneltä paljon, perheestä, kavereista, mitä suunnitelmia hänellä on. Hänen ei pitäisi sanoa kenellekään, että Pavel haluaa auttaa häntä. Mutta jos hän päättää lähteä, parempi sanoa äidille että yksi kaveri, tyttö, joka hänkään ei päässyt yliopistoon, ottaa hänet mukaansa, töihin, isosiskonsa luo. Mutta parasta olisi odottaa vähän. Pavel sanoo hänelle sitten milloin ja miten. Sonia on melkein onnellinen, vaikka häntä harmittaa ettei päässyt opiskelemaan. Hän menee töihin, tienaa rahaa, sen jälkeen kaikki menee hyvin. Alussa et tienaa kovin hyvin, tarkoittaa Pavel. Olet nuori eikä sinulla ole kokemusta. Mutta vuodessa tienaat kuitenkin kolmetuhatta dollaria. Vähintään. Kolmetuhatta! Sonia mietti jo, mitä tehdä niin suurella rahamäärällä. Lukuvuosimaksu yhdeltä vuodelta on kolme-neljäsataa, eli se riittää hänelle.

The purpose of this supplement is to publish translations of Romanian writers (from the Republic of Moldova and Romania) in foreign languages, so that our texts can circulate cross-border also with the help of "POSTBOX magazine". Furthermore, we are hoping that some of the foreigners setting foot in our countries will find interesting things to read too. And we are also hoping that, over time, this supplement will become bit by bit thicker!

Scopul acestui supliment e de-a publica traduceri din scriitorii români (din Republica Moldova și din România) în limbi străine, astfel încât textele noastre să circule și dincolo de granițe și cu ajutorul REVISTEI LA PLIC. Totodată, sperăm ca și unii dintre străinii care ne vizitează meleagurile să aibă ce citi. Și mai sperăm ca suplimentul cu timpul să devină tot mai gros!



Coordonatori supliment: BICAN Florin, CRUDU Dumitru

Autori: BĂDESCU Cezar Paul, CIORAN Emil, COROBCA Liliana, DESPOT Sorin, GHEO Pavel Radu, KOMARTIN Claudiu, LUNGU Dan, PETRESCU Răzvan, POP Es Ioan, RUȘTI Doina, SCHIOP Adrian, SOVIANY Octavian, VLADA Miruna, VLAȘIN Gelu

Traduceri: AHLERS Kerstin, ARSIK Anja, BARINDI Maurio, BERNACCHIA Anita, BORRAS Elena, CASTELLANOS Antonio Morillo, DJURAN Irina, EKMAN Heini, JACONO Domenico, MITOLA Clara, POPADIC Jelena, POP Ileana M., SANTACROCE Christian

Design: DRAGANOVA Diana

Corector: MITRICIOAEI Silvia

Contact: crudu.dumitru@gmail.com

Toate materialele aparțin Asociației Oberliht și nu pot fi preluate fără acordul acesteia. Răspunderea pentru materiale revine integral autorilor.

#5 | Revista la PLIC | august 2010 | literatură, artă, atitudine | <http://plic.oberliht.com>